

no una alternativa a la misma. Su tesis, que en cierto modo rompía con la tendencia que se venía insinuando anteriormente en el Partido Socialista, logró imponerse sorpresivamente en el XX Congreso de febrero de 1964, muy marcado por la proximidad de las elecciones presidenciales. Dicho congreso descartó la vía insurreccional y señaló su confianza en el resultado de las próximas elecciones: "Enfrentamos las elecciones —decía el informe del Comité Central— porque existen condiciones favorables para ganarlas, y porque ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la revolución chilena. Además, porque objetivamente no existe otra opción"¹⁶⁵.

Este congreso, que desde 1965 en adelante sería enjuiciado por el propio partido en la forma más severa, señalándolo como un período de "descenso", se constituyó en el motivo de que un grupo de jóvenes socialistas de Concepción abandonara el partido. En 1965 pasarían a formar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Señalaron dichos jóvenes que, ante la proximidad de las elecciones presidenciales, el Partido Socialista había sustituido la línea revolucionaria por el oportunismo: añadían que "la vía pacífica se ha mostrado como la pantalla revisionista para encubrir la colaboración de clases, el sometimiento a las instituciones democraticoburguesas y la seguridad de un gobierno no socialista, sumiendo de este modo al movimiento popular en un cretinismo electoral". Llamaban finalmente "a restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del revisionismo"¹⁶⁶.

A pesar de las críticas recibidas y del tono amenazante de la campaña del terror, Allende procuró por todos los medios demostrar que su candidatura presidencial no tenía el tono amenazante que se le atribuía. En agosto de 1964, un mes antes de las elecciones presidenciales, el candidato socialista indicaba que lo que su candidatura pretendía era, "dentro de los márgenes de la Constitución, fortalecer y ampliar las garantías individuales y establecer los derechos sociales". Añadía que la revolución chilena no sería como la cubana, "con sabor a ron y gusto a azúcar", sino con "sabor a empanadas y vino tinto". Insistió en que no se pretendía llevar a cabo la instauración de un régimen marxista sino de uno democrático, nacional, popular y revolucionario, de transición al socialismo. Señaló que no estaban dadas las condiciones para llegar al socialismo y que "nuestra posición tiene un sentido claramente nacional y no obedece a una posición marxista". Finalmente, al preguntársele por su opinión sobre Pedro Aguirre Cerda, el ex abanderado radical del Frente Popular, del cual Allende fuera ministro, señaló: "Espero, si soy elegido Presidente, dejar un recuerdo parecido. Él fue un hombre leal al pueblo, a su programa y a sus convicciones"¹⁶⁷.

Este lenguaje moderado, que estuvo presente en la vida del partido entre

¹⁶⁵ En Arauco (79, agosto de 1966) 23.

¹⁶⁶ En Jobet, op. cit., 100.

¹⁶⁷ En Arauco (55, agosto de 1964) 5 y sigs.

1962 y 1964, y que procuraba neutralizar la tendencia que venía desarrollándose en torno al Frente de Trabajadores y la revolución cubana, no tuvo éxito. Fue Eduardo Frei, el candidato de la Democracia Cristiana, contando con el apoyo electoral de la derecha, quien obtuvo la mayoría absoluta de los votos, convirtiéndose así en el nuevo Presidente de la República (1964-1970).

El ascenso de la Democracia Cristiana al poder habría de tener una importancia decisiva en el proceso de radicalización de la izquierda en general y del Partido Socialista en particular. Ello, por tres razones fundamentales: en primer lugar, porque la percepción de los socialistas era que el PDC, bajo la apariencia de un discurso progresista, formaba parte de los planes de Estados Unidos para América Latina y representaba intereses de clase que, en definitiva, no podían ser distintos de los de la derecha que lo había apoyado electoralmente. La nueva fuerza política en el gobierno era, pues, ante los ojos de los socialistas, la “otra cara” del imperialismo y la “nueva cara” de la derecha.

En segundo lugar, porque, aunque lo anterior correspondía efectivamente a la percepción de los socialistas, lo cierto era que la Democracia Cristiana arrebató a estos últimos una buena parte de sus banderas de lucha, con una dosis significativa de arraigo popular. Políticas como la sindicalización campesina, la reforma agraria y la chilenización del cobre, entre otras, impulsadas por la Democracia Cristiana, correspondían a consignas largamente proclamadas por los partidos de izquierda. Así, un editorial de la revista *Arauco*, dos meses después de la elección presidencial, resumía elocuentemente este punto: “Pocas veces el movimiento de izquierda se había encontrado frente a una disyuntiva más peligrosa que el enfrentamiento a un gobierno de las características de la DC”¹⁶⁸. En la misma línea anterior, el congreso partidario celebrado en Linares en 1965, confirmaba esa impresión llamando a no subestimar el apoyo popular con que contaba el PDC: “Tenemos que enfrentarnos por primera vez a un gobierno que, con objetivos distintos a los nuestros, moviliza al pueblo con un programa que en muchos aspectos es nuestro programa”¹⁶⁹.

En tercer lugar, la radicalización socialista se vio agudizada porque la Democracia Cristiana ocupó el centro político chileno de un modo aplastante y excluyente, lo que contribuyó a empujar a la izquierda más a la izquierda y a la derecha más a la derecha. En efecto, no sólo la Democracia Cristiana obtuvo un triunfo aplastante en las elecciones presidenciales de 1964 y parlamentarias de 1965, sino que el carácter mismo de dicho partido, altamente ideológico, introdujo una nueva dinámica en el sistema de partidos chileno. Como partido ideológico el PDC incorporó un grado de rigidez e inflexibilidad incompatible con las reglas del Estado de Compromiso que hasta entonces había descansado en la capacidad de negociación de las fuerzas

¹⁶⁸ En *Arauco* (59, diciembre de 1964) 9.

¹⁶⁹ En *Arauco* (79, agosto de 1966) 33.

políticas. Ello había sido posible, en gran parte, por la gravitación en el centro político de un partido como el radical, altamente flexible y pragmático, que había buscado aliados tanto hacia la derecha como hacia la izquierda. En cambio, la tesis del “camino propio” del PDC, que lo llevó a gobernar como partido único, y su carácter alternativista, suponía que era posible avanzar hacia transformaciones profundas sin aliados en el poder, al interior de un proyecto globalizante y, por lo mismo, excluyente. Con el triunfo contundente de la Democracia Cristiana, un centro flexible fue reemplazado por un centro ideológico y rígido, que empujó a la izquierda más hacia la izquierda y a la derecha más hacia la derecha, contribuyendo todo ello a la polarización de la política chilena¹⁷⁰.

Estos tres elementos contribuyeron poderosamente al proceso de radicalización del Partido Socialista. Aunque los rasgos más sobresalientes de dicha radicalización ya estaban bastante definidos a comienzos de la década de 1960, la elección de Eduardo Frei en 1964, y el ascenso al poder de una democracia cristiana con las características ya señaladas, llevaron al Partido Socialista a acentuar aún más sus posiciones; ello, a fin de diferenciar claramente su propio perfil ideológico (*revolucionario*) de aquél de la democracia cristiana (*reformista*). Así, para el Partido Socialista el reformismo pasó a ser el peor enemigo de la revolución. De allí la bien conocida frase del nuevo secretario general, Aniceto Rodríguez (1965-1971), sobre la actitud que adoptarían los socialistas frente al gobierno demócratacristiano: “le negaremos la sal y el agua”.

Sumados a la autocrítica en torno a la experiencia del Frente Popular y a la decisiva influencia de la revolución cubana, la derrota electoral de 1964 y el advenimiento al poder de la Democracia Cristiana actuaron de una manera significativa en el proceso de radicalización del PSCH, sumiendo a este último en una profunda revisión, una vez más, de su práctica más reciente. Todo ello quedaría reflejado en los congresos partidarios de Linares (1965), Chillán (1967) y La Serena (1971).

Un pleno del Comité Central del Partido Socialista convocado para diciembre de 1964, dos meses después de la elección presidencial, iniciaba el proceso de autocrítica. Las resoluciones de dicho pleno señalaban que había que enfatizar la línea revolucionaria del Frente de Trabajadores, la que se habría visto desdibujada en la jornada electoral de 1964: “esos resultados —señalaban dichas resoluciones— han echado por la borda las formas tradicionales y el espíritu que han presidido las acciones de la izquierda”¹⁷¹.

Esta posición recibió una total confirmación en el XXI Congreso partidario de junio de 1965, comúnmente llamado Congreso de Linares, convocado luego de las elecciones parlamentarias de marzo de ese mismo año. En esas

¹⁷⁰ Sobre el punto anterior y el nuevo papel del centro político, se puede ver el interesante trabajo de Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (The Johns Hopkins University Press, 1978).

¹⁷¹ En Casanueva y Fernández, op. cit., 214.

elecciones el PDC había obtenido un 42% de los votos, contra un 10% de los socialistas. Ello confirmaba, según las resoluciones de dicho congreso, las escasas o nulas posibilidades de acceder al poder por la vía electoral.

El voto aprobado en dicho congreso tuvo como base un documento redactado por Adonis Sepúlveda, representante del ala trotskista del partido, miembro del Comité Central desde 1964 y futuro subsecretario general del PS¹⁷². Señalaba dicho documento que la campaña presidencial de 1964 había desdibujado la política del FRAP en torno al Frente de Trabajadores, adoptada como tesis de la izquierda desde 1957 en adelante. La derrota de 1964 habría demostrado el “callejón sin salida del democratismo burgués”; “fuimos arrasados —continúa el documento— por una puerta falsa, al respeto de la institucionalidad burguesa y a la política de las ‘vías pacíficas’”. Fustigó al partido por haber optado, en su XX Congreso de 1964, por “la ilusión de la ‘vía pacífica’ que pregona el Partido Comunista, pero jamás nuestra legítima línea del Frente de Trabajadores”. Haciendo alusión al “camino legal” de Allende, señaló que los que creyeron en el veredicto democrático de las urnas, deben “asumir también ahora la cuota de responsabilidad que les corresponde en la derrota”. Concluía indicando que “nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder”.

Este voto fue aprobado en el congreso en referencia, e incluido en las resoluciones del mismo¹⁷³. El documento final de dicho congreso señalaba que el período comprendido entre 1961 y 1964, caracterizado por un electoralismo exacerbado, había sido uno de “descenso”, y llamaba a la transformación revolucionaria del régimen vigente por la clase obrera convertida en clase gobernante. Finalmente, y dando cuenta del nuevo lenguaje y las nuevas concepciones introducidas en la política partidaria, concluían dichas resoluciones que “sólo una concepción revolucionaria, una concepción marxista-leninista consecuente, nos permitirá una congruencia efectiva entre la estrategia y la acción diaria”. Era la primera vez que se adoptaba, oficialmente, el marxismo-leninismo como ideología.

Esta tendencia se vio agudizada aún más en el período comprendido entre el mencionado Congreso de Linares de 1965, y el XXII Congreso partidario de noviembre de 1967, también conocido como Congreso de Chillán. En dicho período el Partido Socialista nuevamente volvió su mirada a la revolución continental y readecuó su estructura interna a las nuevas definiciones ideológicas. También experimentó nuevas divisiones internas.

Luego del Congreso de Linares una delegación del PSCH concurre a la reunión “tricontinental”, celebrada en La Habana en enero de 1966, la que

¹⁷² El voto redactado por Adonis Sepúlveda puede encontrarse en Jobet y Chelén, op. cit., 228 y sigs.

¹⁷³ Estas resoluciones pueden encontrarse en Casanueva y Fernández, op. cit., 219; Jobet, op. cit., 112, y Arauco, 66 (julio de 1965) y 79 (agosto de 1966).

congregó a representantes del movimiento revolucionario mundial y continental. Dicha reunión contó con la presencia de partidos y movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina, y la delegación de los socialistas chilenos estuvo conformada por Salvador Allende, Clodomiro Almeyda y Walterio Fierro. Aunque la delegación chilena en su conjunto no suscribió los acuerdos de la conferencia, fundamentalmente por la oposición del Partido Comunista a algunas de sus conclusiones, la delegación socialista asumió un papel activo. A instancias de sus tres delegados, se decidió la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), a fin de estrechar los lazos del movimiento revolucionario latinoamericano.

La actitud de cierta reticencia que había adoptado el Partido Comunista en la reunión tricontinental demostraba el poco entusiasmo que en esos momentos dicho partido sentía por cierto tipo de concepciones revolucionarias, lo que se reflejó también en un ruego intercambio de cartas entre el Partido Socialista y el Partido Comunista. A mediados de 1966, Aniceto Rodríguez, secretario general del PSCH, escribió una carta a Luis Corvalán en la que indicaba que en el pasado reciente había sido un error táctico haber preferido el “triumfo de las urnas” a un “enfrentamiento decisivo de clases”¹⁷⁴. Ratificando lo dicho sobre la importancia de la elección de 1964, Rodríguez señalaba que dicho acontecimiento creó “una nueva situación política que determina ritmos distintos y métodos también diferentes de trabajo”. Pese a las diferencias, llamaba a socialistas y comunistas a fortalecer su alianza como representantes de la clase trabajadora.

En cuanto a la vida interna del PSCH, en agosto de 1966 tuvo lugar la Conferencia Nacional de Organización, cuya realización había sido acordada en el Congreso de Linares. Su preparación estuvo a cargo de Adonis Sepúlveda y tuvo por objeto readecuar los estatutos y la estructura partidaria a las definiciones ideológicas del congreso anterior¹⁷⁵. Los nuevos estatutos partidarios, aprobados posteriormente en el Congreso de Chillán, adoptaron como doctrina del partido el marxismo-leninismo, a la vez que definían a la colectividad como un partido de clase y “vanguardia revolucionaria” de los trabajadores. La vida interna del PSCH pasaría a regirse por los principios del “centralismo democrático”. De esta manera, se buscaba contar con un partido funcional a las definiciones ideológicas y programáticas del Congreso de Linares.

Por rivalidades internas y problemas de liderazgos, en 1967 fueron expulsados del PSCH Raúl Ampuero, varias veces secretario general del partido entre 1946 y 1965, junto a un grupo de dirigentes socialistas, los que pasaron a formar la Unión Socialista Popular, de escasa gravitación en el futuro de la política chilena¹⁷⁶.

¹⁷⁴ En Arauco (77, junio de 1966) 55.

¹⁷⁵ Sobre esta conferencia se pueden ver Jobet, op. cit., 115 y siguientes, y 215 y siguientes.

¹⁷⁶ En un libro escrito por Ampuero, en 1969, el dirigente socialista dejaba entrever su rivalidad con

Ese mismo año se realizó el Congreso de Chillán, el que ratificó los acuerdos políticos adoptados en el Congreso de Linares. Junto con negar el apoyo socialista a la candidatura del radical Alberto Baltra en una elección complementaria en el sur de Chile —apoyo que había sido solicitado tanto por el Partido Radical como por el Partido Comunista— por considerar que ello era una maniobra para “reconstituir la caduca combinación del Frente Popular”, el PSCH avanzó aún más en las definiciones de Linares. No sólo definió al partido como una organización marxista-leninista sino que en lo relativo a los métodos de lucha señaló derechamente que “la violencia revolucionaria es inevitable y legítima”. Es más, añadió que constituía la “única vía” que conducía a la toma del poder, mientras que las formas políticas o legales de lucha eran sólo “instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada”. El voto ratificó la adhesión al FRAP y al Frente de Trabajadores y señaló que la revolución cubana había dado lugar a acontecimientos que iban “continentalizando el proceso revolucionario y desplazándolo al terreno de la violencia”. La creación de la OLAS, manifestación de esta tendencia, reflejaba “la nueva dimensión continental y armada que ha adquirido el proceso revolucionario latinoamericano”. Asimismo, rechazó la conciliación entre las clases y señaló que, “en resumen, se están desgastando con extraordinaria rapidez las bases del régimen democrático burgués, hasta ahora relativamente estable en nuestro país”¹⁷⁷.

Es cierto que este nuevo lenguaje político y la adopción de una ideología leninista poco tenían que ver con la práctica política del PSCH. Así, por ejemplo, mientras la colectividad adoptaba el marxismo-leninismo en el Congreso de Linares, y más tarde la “vía armada” en el Congreso de Chillán, en ambos congresos elegía como secretario general del partido a Aniceto Rodríguez, un representante del ala más moderada del partido. Por otro lado, la inminencia de las elecciones parlamentarias de 1969, y presidenciales de 1970, no hacían sino agudizar las contradicciones propias de un partido socialista declaradamente marxista-leninista que actuaba al interior de una institucionalidad democrática que se proponía remover y superar.

Frente a las elecciones presidenciales de 1970 Salvador Allende se encontraba, por decir lo menos, en una posición difícil dentro del Partido Socialista. De alguna manera la gran fuerza derrotada en los congresos de

Allende, a quien acusaba de haber caído en un verdadero electoralismo y en un personalismo que pugnaba con el propio partido (Raúl Ampuero, *La Izquierda en Punto Muerto*, Editorial Orbe, Santiago, 1969, 188 y 222).

¹⁷⁷ Jobet, op. cit., 130. El nuevo Comité Central elegido en dicho congreso dio a conocer, en conferencia de prensa del 3 de enero de 1968, un texto relativamente distinto al aprobado en dicho congreso. Confirmando la adhesión al FRAP, así como su oposición tajante a radicales y demócratacristianos, insistía en definir al PSCH como marxista-leninista y en oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria. Enfatizaba el efecto en cadena de la revolución cubana y el desgaste en Chile del régimen “democrático-burgués”. No obstante, en lo que se refiere al uso de métodos pacíficos o legales, se les consideraba “factores complementarios” y no “instrumentos limitados” incorporados a la lucha armada. El texto íntegro dado a conocer en esa conferencia de prensa puede encontrarse en “El Siglo”, 4 de enero de 1968.

Linares y Chillán había sido el “allendismo”, identificado con el electoralismo. La figura de masas indiscutida del Partido Socialista no encontraba el apoyo suficiente al interior de su propio partido. Dos hechos son claramente demostrativos de lo anterior: por un lado se le negó expresamente, pese a haberlo solicitado, el ingreso al Comité Central del PSCH, formado en el Congreso de Chillán¹⁷⁸. Por otro lado, el reflejo más claro de su posición minoritaria al interior de la dirección partidaria fue su designación como candidato socialista frente a las elecciones presidenciales de 1970. En efecto, fue designado como tal por una minoría de votos en el Comité Central, mientras la mayoría se abstuvo¹⁷⁹. Hechos como éstos eran, de alguna manera, una insinuación de las tensiones y conflictos que se iban a desarrollar entre Allende y la dirección del Partido Socialista bajo el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973).

Lo cierto es que la cuarta candidatura presidencial de Salvador Allende fue finalmente coronada con el éxito, al obtener una mayoría relativa de un 36,5% de los votos, frente al 34,9% obtenido por el candidato de la derecha, Jorge Alessandri, y el 27,8% obtenido por el candidato de la Democracia Cristiana, Radomiro Tomic. En esas condiciones, el Congreso Nacional, llamado a dirimir entre las dos primeras mayorías, con los votos de los parlamentarios democratacristianos y previa suscripción de un pacto de garantías constitucionales que se tradujo, finalmente, en una reforma constitucional, procedió a elegir a Allende como nuevo Presidente de la República¹⁸⁰.

Los principales elementos de la plataforma politicoelectoral de Allende estuvieron contenidos en el programa de gobierno de la Unidad Popular¹⁸¹. Dicho programa señaló que Chile se encontraba en una crisis profunda que el reformismo se había mostrado incapaz de resolver. Definido como un país “capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capitalismo extranjero”, Chile aparecía, en la visión de los socialistas, como un lugar en que las recetas reformistas y desarrollistas impulsadas por la Alianza para el Progreso, recogidas por el

¹⁷⁸ Jorge Arrate, asesor económico de Allende y antiguo militante del PSCH, señala: “la exclusión de Allende del Comité Central elegido en el Congreso, no obstante su deseo expreso de formar parte, reveló la magnitud de su derrota y su circunstancia ‘aislamiento dentro del Partido Socialista’” (Jorge Arrate, *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista*, Ediciones del Ornitotirinto, Santiago, 1985, 63).

¹⁷⁹ Allende recibió 12 votos a favor, frente a 13 abstenciones (Ver Genaro Arriagada, *De la Vía Chilena a la Vía Insurreccional*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974, 67 y siguientes y 223). Fue la estructura regional del PSCH, la que confirmó la candidatura de Allende: ganó en 31 de los 34 regionales consultados (entrevista personal con Ricardo Núñez, miembro del Comité Central del PSCH, 1967-1971, 4 de abril de 1986).

¹⁸⁰ La Unidad Popular, base de apoyo político de la candidatura de Allende, estuvo constituida por los partidos socialista, comunista y radical, el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) —conformado a partir de una escisión de la Democracia Cristiana en 1969—, la socialdemocracia (un pequeño partido formado en 1967 que obtuvo un 0,9% de los votos en 1969) y la Acción Popular Independiente (API), insignificante electoralmente.

¹⁸¹ Este programa puede encontrarse en Salvador Allende, *Nuestro Camino al Socialismo: la Vía Chilena* (Ediciones Papiro, Buenos Aires, 1971) 151 y siguientes.

gobierno de Eduardo Frei, no habían logrado resolver los problemas básicos. En síntesis, como señala Rojas, “el programa procuraba transformar una democracia que había estado limitada por relaciones sociales capitalistas”¹⁸². Para hacer frente a estas limitaciones estructurales se proponía un esquema de profundización democrática en base a la acción unitaria y combativa “de la inmensa mayoría de los chilenos”. Para ello se hacía necesaria una “movilización social” en base a la creación de Comités de la Unidad Popular, los que, junto con interpretar las reivindicaciones más inmediatas, se prepararían para ejercer el Poder Popular. Este Poder Popular, concebido en términos de una alternativa a la democracia burguesa, estaba relacionado con la necesidad de que “el pueblo chileno tome en sus manos el poder y lo ejerza efectivamente”.

Junto con la necesidad de defender las libertades y garantías democráticas que eran consideradas como el resultado de un largo proceso de lucha, y de preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores, se hacía necesario “transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder”. En este proceso de transformaciones y profundización de la democracia, el gobierno “garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo”.

Este proceso de democratización y movilización organizada de las masas, añadía el programa, daría lugar a una nueva estructura de poder basada en la Asamblea del Pueblo, la que se constituiría en la máxima expresión de la soberanía popular.

En el área económica se señalaban una serie de medidas que tenían por objeto “iniciar” la construcción del socialismo. Tal vez el aspecto más relevante de esta sección era la creación de un Área de Propiedad Social, la que contemplaba un área estatal dominante. Ello requeriría de medidas de expropiaciones y nacionalizaciones, las que se enuncian en términos generales, sin mayor especificación. También se reconocía la existencia de un área de propiedad privada y de un área mixta. La discusión en torno al verdadero sentido y alcance de esta Área de Propiedad Social se constituiría tal vez en el principal punto de conflicto entre el gobierno y la oposición bajo el gobierno de la Unidad Popular.

Este programa, especialmente en lo que se refiere al tema de los derechos y libertades democráticos fundamentales, se ubicaba ciertamente más próximo del pensamiento de Allende que de las definiciones más recientes del Partido Socialista. En la redacción del mismo le cupo un rol importante al Partido Comunista, el que, en muchos aspectos, se ubicaría más próximo a las posiciones de Allende que el propio Partido Socialista.

¹⁸² Alejandro Rojas, *The Problem of Democracy and Socialism and the Chilean Political Process from the 1880s* (Ph. D. Thesis, York University, Toronto, Canadá, 1984) 248. Garretón también habla, en términos similares, de una “profundización no capitalista” (Manuel Antonio Garretón, op. cit.).

Una de las preocupaciones fundamentales del Partido Socialista era que las definiciones contenidas en los congresos de Linares y Chillán fueran a ser implementadas efectivamente, y no se desdibujaran bajo el nuevo gobierno popular —lo anterior, teniendo especialmente en cuenta las inclinaciones electoralistas de Allende, y la influencia decisiva del Partido Comunista, tanto en la redacción del programa de gobierno como al interior de la Unidad Popular—. Para ello se convocó al crucial Congreso de La Serena, el que tuvo lugar en enero de 1971, sólo dos meses después de que Allende asumiera el poder¹⁸³.

Un intenso debate tuvo lugar en dicho congreso entre Aniceto Rodríguez, quien aspiraba a la reelección, y Carlos Altamirano, quien deseaba imprimirle a la dirección del partido un nuevo sello revolucionario. La primera derrota para Rodríguez estuvo constituida por la no aprobación de la cuenta política que rindiera sobre su mandato reciente (1965-1971)¹⁸⁴. Junto con lo anterior, la Asamblea decidió elevar el número de miembros del Comité Central de 28 a 45, modificando el procedimiento anterior en el sentido de que, en adelante, el secretario general sería elegido por el Comité Central y no por la Asamblea. En el momento de la elección del nuevo Comité Central los delegados de Aniceto Rodríguez, un tercio del total, se habían retirado —en señal de protesta por la no aprobación de la cuenta política rendida por este último— con lo cual los restantes delegados eligieron un comité que contaba con una mayoría aplastante de delegados partidarios de Altamirano. Este último fue elegido como nuevo secretario general del partido.

El Congreso de La Serena marcó un punto de inflexión en esta última etapa de desarrollo del Partido Socialista. Ello por cuanto, junto con confirmar el proceso de leninización en marcha, la nueva composición de la dirección superior del partido expresó el ascenso de un nuevo elemento militarista, el que había surgido en la vida interna del partido desde mediados de los años sesenta.

En efecto, en 1971, en el Congreso de La Serena, culminó un proceso que fue fraguado desde la segunda mitad de la década de 1960 por el polo leninista del partido. Éste se expresó en cuatro niveles fundamentales, los que quedaron reflejados en la nueva composición de la estructura partidaria superior (un Comité Central de 45 miembros y una Comisión Política de 15).

El primer nivel correspondía al de la discusión ideológica propiamente tal, caracterizado por la adopción del leninismo, y era controlado principalmente por elementos provenientes del ala trotskista del partido. Sus repre-

¹⁸³ Sobre este congreso pueden consultarse Jobet, *op. cit.*, 169 y siguientes; Casanueva y Fernández, *op. cit.*, 240 y siguientes; y los periódicos "La Nación" (2.2.71), "El Siglo" (2.2.71) y "El Mercurio" (2.2.71).

¹⁸⁴ Del total de 156 delegados que asistieron a dicho congreso, sólo 53 aprobaron la cuenta del secretario general. Un número de 79 delegados se abstuvo, lo que representaba un rechazo tácito de la cuenta rendida. Es interesante consignar que 11 de los 15 parlamentarios socialistas apoyaban a Rodríguez en dicho congreso, lo que confirma que la Brigada Parlamentaria socialista correspondía, al interior del PSCH, a una tendencia más bien moderada.

sentantes en el Comité Central eran Adonis Sepúlveda, subsecretario general del partido, Iván Núñez y Jorge Mac Ginty, representantes del regional Santiago Cordillera y, junto a ellos, Belarmino Elgueta y Julio Benítez, este último proveniente del sector sindical. Sepúlveda, Mac Ginty y Elgueta tuvieron una influencia significativa en el plano de las definiciones ideológicas que fue adoptando el partido desde 1965 en adelante. Adonis Sepúlveda, por su parte, había sido el principal redactor del voto político aprobado en el Congreso de Linares, y tuvo a su cargo la reorganización del partido, reflejada en los nuevos estatutos aprobados en el Congreso de Chillán y llevados a la práctica en el Congreso de La Serena.

El segundo nivel correspondía al de la estructura partidaria propiamente tal. La influencia principal a este respecto la ejercieron los "Elenos", integrantes del Ejército de Liberación Nacional, formado a mediados de los años sesenta con entrenamiento militar en Cuba. Este nuevo elemento guerrillero se integró orgánicamente al partido en 1971. Algunos de sus integrantes habían luchado con el Che Guevara en Bolivia. Uno de ellos, Elmo Catalán, muerto en combate, dio lugar al nombre del grupo de choque formado por el Partido Socialista después de 1970, la Brigada Elmo Catalán. Formaba también parte de los Elenos, Beatriz (Tati) Allende, hija de Salvador Allende.

Los Elenos fueron planeando cuidadosamente la toma del poder interno en el Partido Socialista, objetivo que fue alcanzado en el Congreso de La Serena, cuando 16 de sus miembros se incorporaron a un Comité Central de 45. Rolando Calderón, quien había tenido a su cargo la formación de una estructura militar al interior del partido conocida como Organa, pasó a formar parte de la Comisión Política, junto a Exequiel Ponce (subsecretario nacional del frente interno), Hernán Coloma (Regional Santiago Cordillera, jefe del Departamento de Propaganda y Comunicaciones) y Ricardo Lagos Salinas. Junto a ellos, Pedro Adrián, Eduardo Paredes, Rafael Merino, Arnoldo Camu (Regional Santiago Centro y uno de los principales líderes Elenos), Leonardo Hagel, Esteban Bucat, Ariel Ulloa (secretario nacional de organización), Juan Ávila, Eduardo Mella y Luis Madariaga, pasaron a formar parte del nuevo Comité Central. Por último estaba el caso de Carlos Lorca, jefe de la juventud socialista (FJS), quien integraba el Comité Central por derecho propio.

El tercer nivel recogía la gravitación de ciertos grupos de influencia que tuvieron mucha importancia en la vida interna del partido a comienzos de los años setenta. Tal era el caso del Departamento Nacional Agrario y del Departamento Sindical, el primero de ellos a cargo de Rolando Calderón y el segundo a cargo de Exequiel Ponce, ambos Elenos y miembros del Comité Central.

El cuarto y último nivel estaba dado por ciertos regionales claves al interior del partido, como eran el Regional Santiago Cordillera, representado en el Comité Central por Iván Núñez y Jorge Mac Ginty (trotskistas), Hernán Coloma (Eleno) y Víctor Barberis (altamiranista), y el Regional Santiago Centro, representado por Arnoldo Camu (Eleno), Luis Urtubia (jefe del Departamento Nacional de Organización) y Néstor Figueroa. Estos dos úl-

timos, junto a Nicolás García (regional Chillán), Héctor Olivares y Adolfo Lara (Regional Rancagua), Carlos Gómez (Regional Chañaral) y Dagoberto Aguirre (Regional La Serena) fueron cooptados por los Elenos y se plegaron a ellos en el Congreso de La Serena.

Hemos querido referirnos en detalle a estos cuatro niveles de influencia para enfatizar la forma en que los Elenos —máximos exponentes de las tesis leninistas y militaristas— fueron consolidando su posición de poder al interior del partido hasta llegar a ser parte integrante del Comité Central elegido en La Serena en 1971. Si sumamos a éstos algunos personeros que más adelante fueron atraídos hacia los Elenos, como Hernán del Canto, María Elena Carrera, Gabriel Parada, Héctor Martínez y Luis Norambuena, todos ellos miembros del Comité Central, constatamos en toda su dimensión la presencia desequilibrante de las concepciones más militaristas al interior de la nueva estructura superior de dirección.

Todo lo anterior sin incluir a los elementos trotskistas, los que sin ser militaristas como los Elenos contribuyeron a imponer las tesis leninistas en el plano de las definiciones ideológicas. A estos últimos hemos preferido situarlos junto con los altamiranistas (Víctor Barberis, Alejandro Jiliberto y Luis Lobos), los que, afirmando la validez de las tesis insurreccionales, no daban cuenta necesariamente de un elemento de tipo militarista. De hecho, la crítica inicial de Altamirano a los Elenos era que su estrategia ya había fracasado desde que Allende accediera al poder a través de las urnas. Ello, sin perjuicio de que la mayoría que llevó a Altamirano a la dirección del partido estaba formada en gran parte por los Elenos, y de la ulterior radicalización del propio Altamirano.

Finalmente, sorprende la escasa presencia de almeydistas (Clodomiro Almeyda, Edmundo Serani y Fidelia Herrera) y, sobre todo, de los allendistas (Erich Schnake, Carlos Lazo, Antonio Tavolari, Chela del Canto y Jaime Suárez), a los que podríamos ubicar en un polo no insurreccional, más afines a la Vía Allendista propiamente tal.

De esta manera, puede decirse que 28 de los 47 miembros¹⁸⁵ del nuevo Comité Central (60%) correspondían a lo que podríamos denominar las concepciones militaristas de la nueva dirección superior (Elenos, proelenos y regionales cooptados por los Elenos). En términos más amplios, podemos ver que 37 de los 47 miembros del Comité Central (79%) participaban de las tesis insurreccionales, si sumamos a los anteriores a trotskistas y altamiranistas. Finalmente, tenemos que sólo 8 de los 47 miembros del Comité Central (17%) descartaban las tesis militaristas e insurreccionales para ubicarse en una posición más próxima al proyecto allendista propiamente tal.

Ello nos muestra la ausencia total de los socialistas de tendencia más bien moderada, identificados con Aniceto Rodríguez, la casi nula gravitación de

¹⁸⁵ Los 47 se obtienen al sumar a los 45 miembros del Comité Central, los representantes de la juventud (Carlos Lorea), y de las mujeres (Chela del Canto), los que participaban en el Comité Central por derecho propio.

los allendistas, la presencia desequilibrante de las concepciones militaristas y la mayoría aplastante de las tesis insurreccionales. Hay que considerar que esta conformación inicial del Comité Central experimentó una radicalización aún mayor en los años siguientes.

Esa fue, pues, la composición de la nueva dirección superior del partido, a nivel del Comité Central y de la Comisión Política. Ella daba cuenta del ascenso a la estructura superior del partido del nuevo elemento militarista surgido al interior del mismo desde mediados de los años sesenta.

El documento leído por Carlos Altamirano en el Congreso de La Serena para fundamentar su voto político, se tituló *El Partido Socialista y la Revolución Chilena* y en él estaban contenidos los principales lineamientos de su candidatura¹⁸⁶. Una de las principales preocupaciones de Altamirano era que, en el pasado reciente, el partido se había dado directivas y había seguido una práctica política que no correspondían fielmente a sus definiciones ideológicas y políticas: “en el pasado —señalaba el senador socialista— nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaron en los congresos de Linares y Chillán”¹⁸⁷. Superar esta contradicción y llevar a la práctica los lineamientos acordados en dichos congresos partidarios, aparecía como su principal preocupación.

Junto con señalar que el gran enemigo de la revolución era el reformismo, añadía que “el reformismo populista de la Democracia Cristiana no hizo más que postergar el enfrentamiento final entre la clase trabajadora y la burguesía nacional”. Hacía a continuación una distinción entre la izquierda revolucionaria y la izquierda tradicional y señalaba que era el cuestionamiento de la “vía electoral” lo que caracterizaba a la primera. Rechazaba la “vía pacífica” y postulaba la vigencia del recurso a las armas a nivel continental: “puesto que la historia no ha conocido hasta hoy revoluciones pacíficas y que el capital no renunciará a su poder voluntariamente, el enfrentamiento armado en términos continentales sigue manteniendo la misma vigencia de siempre”. Aclaraba, finalmente, que el gobierno de la Unidad Popular no sería “un gobierno más que continúe la rotación partidista del ejercicio del poder dentro de las reglas burguesas de la democracia representativa”.

Todas estas ideas quedaron reflejadas en las resoluciones políticas aprobadas por el Partido Socialista en el Congreso de La Serena, a partir de la constatación de que el triunfo de Allende creaba nuevas y favorables condiciones para una efectiva conquista del poder. Sin embargo, aunque dicho triunfo creaba una correlación de fuerzas favorable para los trabajadores, se advertía que la labor del gobierno se desenvolvería “entradada por la institucionalidad burguesa” y por la resistencia de la reacción. Se definía la etapa que se abría como un período esencialmente transitorio y se señalaba como

¹⁸⁶ Su texto puede encontrarse en Jobet y Chelén, op. cit., 332 y siguientes; Casanueva y Fernández, op. cit., 240 y siguiente; Jobet, op. cit., 170 y siguientes y los periódicos “La Prensa” (96.2.71), “La Nación” (7.2.71), “Clarín” (18.2.71), “El Mercurio” (21.1.71) y “La Última Hora” (23.2.71).

¹⁸⁷ Altamirano, op. cit., 338.

objetivo convertir el proceso “en una marcha irreversible hacia el socialismo”¹⁸⁸.

Junto con estos aspectos el partido reafirmaba su carácter clasista y vanguardista, y afirmaba la necesidad de fortalecer la unidad socialista-comunista en torno a la tesis del Frente de Trabajadores. Advertía asimismo las contradicciones internas de la Unidad Popular, la que reflejaba una composición “pluriclasista”. Estas contradicciones, que se expresaban también en el gobierno, serían superadas “por la dinámica revolucionaria de las masas trabajadoras y por sus partidos de clase”.

No sólo el partido sino también el gobierno debía asumir un carácter de clase, de acuerdo a las mismas resoluciones. Las limitaciones de un estado burgués no podían convertir al gobierno en un mero “árbitro” de la lucha de clases. Para velar por ello el partido debía convertirse en la “vanguardia revolucionaria”, regida internamente por el principio del “centralismo democrático”. De esta forma, el partido podría prepararse adecuadamente, a sí mismo y a las masas, “para el decisivo enfrentamiento con la burguesía y el imperialismo”.

Estos conceptos fueron confirmados por un manifiesto del nuevo Comité Central elegido en La Serena, complementario de las resoluciones anteriores. Éste, junto con insistir en el papel de vanguardia revolucionaria del Partido Socialista, afirmaba su carácter de organización marxista-leninista. Es interesante, a este respecto, hacer notar que esta definición ya no sólo se adoptaba en cuanto “método de interpretación de la realidad”, sino también por “sus principios generales de lucha para conquistar el poder y construir la sociedad socialista”¹⁸⁹. Ello se apartaba claramente de la Declaración de Principios de 1933, la que aceptaba el marxismo (no el marxismo-leninismo), en cuanto método de interpretación de la realidad, enriquecido y rectificado por los aportes científicos del devenir social.

De esta manera, el Congreso de La Serena constituía un paso más —y en el sentido que se ha señalado un verdadero punto de inflexión— en el proceso de leninización del partido, el que primero había adoptado una posición clasista en torno a la tesis del Frente de Trabajadores para luego asumir, bajo la influencia de la revolución cubana, el leninismo como definición ideológica, lo que fue ratificado en los congresos de Linares, Chillán y La Serena. Ahora, bajo la nueva dirección partidaria, se hacía necesario preparar el “enfrentamiento decisivo” entre las masas y la burguesía, en un proceso ininterrumpido “hacia el socialismo”. El conflicto se presentaba como inevitable.

La Vía Allendista y el Partido Socialista

En el contexto que hemos descrito y en abierta contradicción con las defi-

¹⁸⁸ Ver Jobet, op. cit., 172.

¹⁸⁹ Ver Jobet, op. cit., 177.

niciones más recientes del PSCH, emergió la Vía Allendista al socialismo: un intento, al menos en la concepción de su mentor, Salvador Allende, por avanzar hacia la construcción de una sociedad socialista en “democracia, pluralismo y libertad”. Esta concepción, bajo el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), entraría en una pugna permanente con la dirección superior del PSCH, contribuyendo finalmente al fracaso de la experiencia allendista.

Suelen encontrarse dos imágenes opuestas, ambas igualmente insatisfactorias a nuestro juicio, en relación a la personalidad política de Salvador Allende: la primera ve en el líder socialista al revolucionario, el marxista, amigo personal de Fidel Castro, admirador del Che Guevara y de la Revolución Cubana, creador de la OLAS, que llamó en algún momento a oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria y que murió en el Palacio de La Moneda en un enfrentamiento armado con las fuerzas militares empuñando un arma que le fuera regalada por el propio Castro.

La segunda imagen es la del socialdemócrata —paradójicamente el mayor número de adherentes a esta imagen podíamos encontrarlo en el propio Partido Socialista. Según ésta, Allende nunca se habría alejado realmente de una tendencia electoralista y reformista, opuesta a una concepción verdaderamente revolucionaria. En el fondo, en la Unidad Popular, Allende habría visto una suerte de reedición del Frente Popular y, aunque adhirió a las tesis del Frente de Trabajadores y a la Revolución Cubana, habría sido más fuerte en él la adhesión, respaldada por la práctica política de toda una vida, a las instituciones y el funcionamiento de la democracia representativa.

Es cierto que ambas imágenes pueden ser respaldadas por una que otra cita, tomada aisladamente de por aquí o por allá. Ninguna de ellas, sin embargo, capta a nuestro juicio la personalidad política compleja de Salvador Allende, de suyo contradictoria. Es cierto que Allende fue un entusiasta defensor de la Revolución Cubana, amigo personal de Fidel Castro y admirador del Che Guevara; también es efectivo que se definió en algún momento como marxista y que se mostró como un entusiasta partidario de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, y de la revolución en América Latina. Su principal aporte, sin embargo, no reside en lo anterior sino en haber comprendido, intuido y propuesto, que la estrategia de la *revolución armada que era característica de la revolución latinoamericana* no era aplicable en un país de las características muy singulares de Chile; un país con un desarrollo político y una democracia avanzados¹⁹⁰. Fue esta la gran intuición de Allende pese a múltiples tensiones y contradicciones, en relación a la naturaleza y características de la Revolución Chilena. En un país como Chile, pensaba Allende, sólo sería posible un camino hacia el socialismo construido en “democracia, pluralismo y libertad”.

¹⁹⁰ Según Osvaldo Puccio, secretario privado de Allende por más de dos décadas, ya en 1959, a su vuelta de un viaje a Cuba, Allende era de la opinión “que no era posible repetir un proceso como aquél en Chile” (Osvaldo Puccio, *Un Cuarto de Siglo con Allende*, Santiago, Editorial Emisión, 1985), 96.

Lo anterior no debería llevarnos a pensar que la evolución política de Allende tuvo lugar a pesar de su propio partido; demostró a lo largo de toda su vida una lealtad inquebrantable hacia el Partido Socialista y participó de las tesis centrales acordadas por este último. Pero tampoco podemos desconocer el hecho de que, al menos desde la década de 1950, Allende jamás ocupó posiciones de dirección al interior de su partido y, más aún, como hemos expresado en líneas anteriores, representó posiciones más bien minoritarias. El "allendismo", identificado con el electoralismo y el reformismo, fue duramente criticado. Su no inclusión en el Comité Central elegido en Chillán —pese a haberlo solicitado—, el apoyo minoritario que recibiera de este último como candidato presidencial en 1970, y la posición francamente marginal que ocupara en el Comité Central elegido en La Serena, eran sólo algunas demostraciones de la posición minoritaria de Allende dentro de su propio partido, a pesar del hecho indiscutido de que aparecía como la principal figura de masas del socialismo chileno.

Pero, más que convertirnos en apologistas o detractores de Salvador Allende, sobre cuya personalidad política la historia dirá la última palabra, lo que queremos sostener en estas líneas es que el proyecto allendista, contenido en la Vía Chilena al Socialismo, era objetivamente contradictorio con las definiciones más recientes del Partido Socialista, adoptadas a lo largo de los años sesenta. Esta contradicción se expresaría en una permanente confrontación, bajo la Unidad Popular, entre la Vía Allendista y la dirección superior del PSCH, contribuyendo al fracaso de la primera.

Los contenidos básicos de la Vía Allendista podemos encontrarlos en dos documentos principales: el discurso del 5 de noviembre de 1970, pronunciado por Allende en el Estadio Nacional luego de asumir como nuevo Presidente de Chile, y su mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971¹⁹¹. Ellos expresan un lenguaje y unas concepciones francamente distintas, por no decir opuestas, de las contenidas en las definiciones más recientes del PSCH.

En el primero de ellos Allende se detenía en lo que estimaba era la singularidad del proceso político chileno, o lo que él mismo denominara "la realidad concreta de las estructuras chilenas". Esta singularidad estaría dada históricamente por la capacidad de los chilenos "de haber logrado imponernos por vía política, triunfando sobre la violencia". Añadía que desde mediados del siglo diecinueve "la estabilidad institucional de la República fue una de las más consistentes de Europa y América. Esta tradición republicana y democrática llegó así a formar parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos".

Señalaba que los antagonismos de clase se habían resuelto "en forma esencialmente política" y que las libertades y derechos fundamentales, lejos

¹⁹¹ Los documentos pueden encontrarse en Salvador Allende, *Puesta en Marcha del Gobierno Popular*, en Witker, op. cit., 67 y siguientes y, del mismo autor, *La Vía Chilena al Socialismo*, en Jobet y Chelén, op. cit., 489 y siguientes. En ambos se advierte, según numerosos testimonios recogidos, el aporte de Joan Garcés, teórico político catalán y uno de los principales asesores de Allende.

de ser concesiones de la burguesía, habían sido el producto del “combate ininterrumpido de las clases populares organizadas”. El triunfo socialista de 1970 habría sido, justamente, una expresión de la vigencia y el respeto de los valores democráticos y un reconocimiento de la voluntad mayoritaria. El hecho de que el ascenso al poder de la izquierda marxista se hubiera producido en Chile sin haber sufrido la trágica experiencia de la “guerra fratricida” condicionaba, según Allende, “la vía que seguirá este gobierno en su obra transformadora”, todo ello en función de la “tradición democrática de nuestro pueblo”.

Atacar el poder de las minorías y superar el subdesarrollo, en un proceso hacia el socialismo en “democracia, pluralismo y libertad”, tal era el desafío por delante, según el Presidente socialista. Dicho camino constituía “la vía natural” para Chile, en atención a su “singularidad” como país políticamente desarrollado y de tradición democrática. Tal era, en apretada síntesis, el contenido de lo que Allende denominara “la vía democrática al socialismo” —y que nosotros hemos preferido denominar Vía Allendista a fin de enfatizar el aporte del propio Salvador Allende.

Conceptos similares a los anteriores contenía su mensaje al Congreso Nacional del 21 de mayo de 1971, cinco meses después de haber asumido como Presidente de la República y un mes después de que la Unidad Popular obtuviera, en su conjunto, cerca del 50% de la votación en las elecciones municipales de marzo de 1971, lo que constituía un claro progreso comparado con el 37% de los votos obtenidos en la elección presidencial, seis meses antes.

En dicho discurso Allende señalaba que la revolución bolchevique de 1917 correspondía “a una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado”. Añadía que ese camino había significado grandes progresos en países como la URSS y China, pero que Chile se encontraba “ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista; la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada”¹⁹². Se trataba, en este caso, según Allende, de un “segundo modelo de transición a la sociedad socialista”; un modelo “democrático, pluralista y libertario”.

En estos dos documentos encontramos, pues, los contenidos fundamentales de la Vía Allendista. Junto con quedar en evidencia la adhesión por parte de Allende a las instituciones de la democracia representativa, conforme a la tradición chilena, nos anticipamos a advertir dos debilidades inherentes a su proyecto, las que cobrarían cada vez más importancia. La primera era que la Vía Allendista requería, en los términos planteados, necesariamente de un respaldo mayoritario, en circunstancias de que Allende había sido

¹⁹² Esto tendría su justificación teórica en el propio F. Engels, quien habría anticipado esta posibilidad al declarar: “Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo con la Constitución, se puede hacer lo que se desea, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación” (citado por Allende en su discurso en el Estadio Nacional, op. cit.).

elegido con sólo un tercio de los votos. La segunda era que no existía claridad acerca de las formas y modalidades concretas que adoptaría dicho proyecto. El mismo Allende, en enero de 1971, había señalado que “estamos aquí viviendo una etapa que podríamos decir que es de laboratorio social”¹⁹³. Esto último crearía una gran incertidumbre hacia adelante en torno a la implementación del proyecto allendista y daría lugar a las más diversas interpretaciones al interior de la izquierda. Bástenos con señalar, por ahora, que había en el proyecto de Allende un lenguaje, un discurso y unas concepciones de suyo contradictorias con las definiciones más recientes del Partido Socialista¹⁹⁴.

Entre 1970 y 1973 podemos distinguir, al interior de la Unidad Popular, tres visiones distintas acerca de la naturaleza del proceso chileno: la del Partido Socialista, que procuraba una combinación de vías político-institucionales e insurreccionales, lo que en la práctica significaba “acumular la fuerza política, militar y social, para la futura confrontación general que habría de producirse en el momento táctico adecuado”¹⁹⁵; la del Partido Comunista, que procuraba una acumulación de fuerzas evitando la confrontación total en un largo proceso hacia el socialismo que no renunciaba a la dictadura del proletariado; y, finalmente, la del propio Allende, que concebía el proceso revolucionario chileno como un “segundo modelo” de construcción de la sociedad socialista, en “democracia, pluralismo y libertad”, descartando la tesis de la dictadura del proletariado¹⁹⁶.

Nos remitimos en esta parte a las tensiones entre el proyecto allendista y las definiciones adoptadas por el Partido Socialista. Ya hemos visto que en el Congreso de La Serena el Partido Socialista había resuelto una de sus contradicciones: la de haberse dado directivas que no correspondían a la línea del partido fijada en los congresos de Linares y Chillán. Entre 1971 y 1973 había que resolver la segunda contradicción: aquélla entre la línea

¹⁹³ Allende, “Nuestro Camino al Socialismo”, op. cit., 96.

¹⁹⁴ La visión de Altamirano, expresada algunos años más tarde, era que las relaciones políticas entre la dirección del PSCH y Allende eran “relativamente tensas”, aunque niega la imagen “de disputa y de guerra permanente” que algunos le atribuyen. En general, afirma que la historia de Allende con su partido fue la de una relación “amor-odio” y reconoce que, bajo la Unidad Popular, “Allende se ubicaba en posiciones más próximas a las del Partido Comunista” (en Patricia Politzer, *Altamirano*, Ediciones B, Grupo Zeta, Buenos Aires, 1989, 54, 56 y 69).

¹⁹⁵ Rojas, op. cit., 252.

¹⁹⁶ Generalmente, se señala la existencia de sólo dos tendencias al interior de la Unidad Popular, representadas por el PS y el PC, situando a Allende más cerca de este último. Por nuestra parte, hemos seguido la distinción tripartita de Rojas (op. cit., 252 y siguientes) y Arrate (op. cit., 30 y siguientes); ello, por cuanto el proyecto allendista era distinto tanto de aquél representado por el PS como del PC. Si bien es cierto que, en muchos aspectos, las posiciones de Allende tendieron a coincidir con las del PC, los separaba una visión distinta acerca de la naturaleza del proceso revolucionario. El propio Luis Corvalán, secretario general del PC, en un informe algunos años más tarde, señalaba: “En relación a la orientación del gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del PC con la política de Salvador Allende (...). Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluía o hacía innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado” (en Arrate, op. cit., 46).

política del PSCH y la práctica política de la colectividad, especialmente ahora que estaba en el gobierno. La nueva directiva debía velar por la consistencia entre las definiciones político-ideológicas del partido y la conducta concreta del gobierno de Allende.

En el año 1971 ya se insinuaba el conflicto aunque sin llegar a los niveles que alcanzaría posteriormente. Así, por ejemplo, en el mes de mayo, mientras Allende señalaba en una carta dirigida a Patricio Aylwin, Presidente de la Democracia Cristiana, que “el gobierno popular mantendrá inalterable nuestra tradición democrática, el respeto a la carta fundamental y al sistema legal”¹⁹⁷, un pleno del Comité Central del Partido Socialista declaraba que “el enfrentamiento es el problema central y básico de todo este período”. Añadía que “la lucha de clases ha desembocado en un enfrentamiento permanente de clases, que tiende cada vez a agudizarse y desembocar en el conflicto armado”. Concluía sosteniendo que a la agresión armada de la burguesía y el imperialismo “deberá responderse dándole al enfrentamiento un carácter masivo”¹⁹⁸. Estas palabras reflejaban fielmente la nueva postura que iba asumiendo la dirección socialista, en el sentido de que la intensificación de la lucha de clases tornaría inevitable la confrontación.

En julio de ese mismo año tuvo lugar una importante elección complementaria en Valparaíso, para elegir un diputado. En ella se dio el triunfo de un candidato del PDC apoyado por la derecha, lo que marcó el inicio de una alianza electoral que se fue formalizando en el tiempo. Para evitar la derechización del PDC, Allende y algunos miembros del PDC habían tratado de llevar un candidato en conjunto, pero la proposición fue rechazada por el Comité Político de la Unidad Popular y por el propio Partido Socialista¹⁹⁹. Decepcionado por lo que advertía como una derechización del PDC, un sector de este partido se escindió, luego de dicha elección complementaria, pasando a formar la Izquierda Cristiana (IC), la que luego se integró a la Unidad Popular.

Al mes siguiente, en agosto de 1971, un nuevo pleno del Comité Central del PSCH, junto con llamar a acelerar la gestión revolucionaria, convocaba a la formación del Poder Popular a través de una acción de masas que permitiera romper con el “empate político” entre gobierno y oposición. En algún momento, decía el documento, la situación desembocaría “en un enfrentamiento total de clases”²⁰⁰.

¹⁹⁷ El texto íntegro puede encontrarse en “El Mercurio” (15.4.71).

¹⁹⁸ Las conclusiones de este pleno y del pleno de Algarrobo, de agosto de 1971, pueden encontrarse resumidas en un documento para la discusión interna del PS, cuyo texto íntegro aparece en “El Mercurio” (12 y 13.3.72).

¹⁹⁹ Sobre la importancia de este hecho, ver Joan Garcés, *Allende y la Experiencia Chilena* (Ariel, Barcelona, 1976), 207 a 212, y Rojas, op. cit., 406.

²⁰⁰ Ver “La Nación” (18.8.71) y “El Mercurio” (12 y 13.3.72). En ese mismo mes de agosto renunció al Partido Socialista el diputado Pedro Jáuregui, tras denunciar la presencia de focos guerrilleros en el sur y el “ultraizquierdismo” del PSCH. Otro socialista vinculado a Aniceto Rodríguez y muy cercano a Allende, Antonio Tavolari, fue pasaco en el mes de octubre al Tribunal de Disciplina del PSCH, por razones similares (“Las Últimas Noticias”, 28.10.71).

Si a fines de 1971 y comienzos de 1972 el conflicto entre la Vía Allendista y la dirección del PSCH aún no alcanzaba los niveles que adquiriría posteriormente, el conflicto entre el gobierno y la oposición sí tendía a incrementarse. El apoyo electoral brindado por la derecha al PDC, en las elecciones complementarias de Valparaíso, se tradujo más tarde en una alianza electoral entre ambas fuerzas frente a las elecciones complementarias en algunas provincias del sur, en enero de 1972, con sendos triunfos para la oposición. Finalmente, esta alianza adquiría connotaciones políticas más claras cuando, tanto el PDC como el Partido Nacional (PN), que congregaba a la derecha, acusaron constitucionalmente al Ministro del Interior, José Tohá, en enero de 1972. El Secretario de Estado fue destituido de su cargo.

En relación con estos hechos —considerados por Joan Garcés, asesor político de Allende, como un verdadero “punto de inflexión”²⁰¹—, y a lo largo del año 1972, el Partido Socialista adoptó la consigna de “avanzar sin transar”, conduciendo progresivamente a la adopción de la vía insurreccional. Allende, por su parte, y con el respaldo de comunistas y radicales, fue adoptando la posición de “avanzar consolidando”, lo que significaba mantenerse en el marco de la “vía político-institucional”. Confirmando esta postura, en conferencia de prensa de enero de 1972 Allende señalaba: “es el gobierno el que está empeñado en el más irrestricto respeto a la constitución. Todos nuestros pasos están dentro de los marcos constitucionales. No nos hemos salido ni nos saldremos de la constitución”²⁰².

En manifiesta contradicción con la postura de Allende, un extenso documento aprobado para la discusión interna por el Comité Central y la Comisión Política del PSCH, en febrero de 1972, hacía un detenido análisis de lo que había sido la acción del partido desde 1970 en adelante, en la línea de una crítica y autocrítica radicales²⁰³. Dicho documento afirmaba que la promesa de la Unidad Popular de respetar la “institucionalidad burguesa”, partía de “una contradicción de fondo, al comprometernos a respetar los mecanismos burgueses que son justamente los que nos impiden realizar los cambios que necesitamos”. Había, pues, según el documento, una manifiesta contradicción entre la institucionalidad democrático-burguesa y los objetivos de la revolución. Al respecto señalaba que el Estado burgués en Chile no servía para construir el socialismo y se hacía necesaria su destrucción. En esas condiciones, los trabajadores chilenos debían aspirar a conquistar la totalidad del poder: “Es lo que se llama dictadura del proletariado. No lo hemos establecido así en el programa de la Unidad Popular, pero el Partido Socialista no ha desestimado este aserto histórico leninista”, decía el documento.

Junto con la necesidad de ampliar y fortalecer el Área de Propiedad Social, “avanzando efectiva e irreversiblemente al socialismo”, se reconocía que el proceso conduciría al “momento inevitable” del enfrentamiento violento entre

²⁰¹ Garcés, op. cit., 184.

²⁰² “La Nación” (15.1.72).

²⁰³ Su texto íntegro se reproduce en “El Mercurio” (25.3.72.).

las masas y la reacción. Con estas afirmaciones, añadía el documento, “se hacen migajas las ilusiones evolucionistas de los reformistas. No hay posibilidad de transformación total del sistema actual sin quiebre, sin salto cualitativo, sin destrucción de la actual institucionalidad”. Finalmente, señalaba que, para los efectos anteriores, se requería de un “gran partido, partido marxista-leninista, un partido proletario, partido revolucionario, disciplinado y ágil, dinámico y operante”²⁰⁴.

¿Cómo enfrentar un conflicto cada vez más polarizado como el que dejaban entrever estos documentos y que los acontecimientos posteriores se encargarían de confirmar? Las discusiones al interior de la Unidad Popular se sucedieron interminables. Lo cierto es que Allende y la dirección del PSCH expresaban visiones contrapuestas. En efecto, Allende se mostraba partidario de una solución política, la que contemplaba la negociación con las fuerzas opositoras e, incluso, la posibilidad de un referéndum, a fin de que fuera la voluntad popular la que resolviera el conflicto.

Como señala Joan Garcés, la vía político-institucional exigía, por definición, que la transición al socialismo fuera la obra “de la mayoría de la sociedad”²⁰⁵. Añade el asesor presidencial que Allende habría estado consciente desde el momento mismo de su elección del hecho de que carecía de una mayoría clara, lo que le habría llevado a considerar la posibilidad de un referéndum. Por su parte, el ex dirigente comunista, Alejandro Rojas, corrobora lo anterior señalando que ya el 14 de octubre de 1970 Allende había solicitado un informe sobre las posibilidades de llamar a un referéndum que le permitiera disolver el congreso por una vez y llamar a elecciones. Su solicitud habría sido rechazada por el Comité Político de la Unidad Popular. El episodio, concluye Rojas, “demuestra la desconfianza que los partidos más importantes de izquierda sentían sobre los procedimientos democráticos”²⁰⁶. En diversos momentos, incluso los días previos al golpe militar del 11 de septiembre de 1973 —según veremos más adelante—, Allende habría considerado la posibilidad de convocar a un referéndum, lo que habría sido sistemáticamente rechazado tanto por la Unidad Popular como por el Partido Socialista.

Este último, desechando la viabilidad de una solución política ante lo que vislumbraba como la “inevitabilidad del conflicto” y la inminencia de un “enfrentamiento total” entre las clases, se mostraba partidario de “avanzar sin transar” en un proceso “irreversible” hacia el socialismo. Ello requería de la ampliación y fortalecimiento del Área de Propiedad Social y de una

²⁰⁴ De manera similar, un informe del Comité Central del PSCH en su pleno de Algarrobo, de marzo de 1972, señalaba que el proceso se veía entrabado por “la subsistencia de una institucionalidad burguesa anacrónica y obstruyente por naturaleza”. Concluía que había que “conducir el proceso irreversiblemente al triunfo, lo que significaba la conquista total del poder por los trabajadores” (el texto puede consultarse en “El Mercurio”, 25 de marzo de 1972).

²⁰⁵ Garcés, op. cit., 53.

²⁰⁶ Rojas, op. cit., 303.

gran movilización de masas que condujese a un Poder Popular concebido en términos de una alternativa a la institucionalidad democrático-burguesa.

Una demostración de esto último fue la llamada Asamblea del Pueblo, convocada en la ciudad de Concepción para el 26 de julio (fecha del aniversario de la revolución cubana) de 1972, por la dirección del PSCH, junto al MIR y el MAPU —movimientos estos últimos con los que el PSCH comenzó a estrechar lazos. Esta movilización de masas, en el esquema propuesto del Poder Popular, provocó la ira de Allende y fue un nuevo factor de conflicto con el PSCH.

El episodio motivó una carta pública de Allende dirigida a los jefes de los partidos de la Unidad Popular. En ella el Presidente socialista condenó la Asamblea del Pueblo, calificándola de “proceso deformado”, y rechazó “cualquier intento de diseñar tácticas paralelas, espontaneístas (...) manifestaciones divisionistas que alientan personas o grupos dentro de la Unidad Popular”. Añadía que el Poder Popular no surgiría “de la minoría divisionista, de los que quieren levantar un espejismo lírico surgido del romanticismo político, al que llaman, al margen de toda realidad, ‘Asamblea Popular’”; esto era considerado como “absurdo, si no crasa ignorancia o irresponsabilidad”. Aclaró que era su deber “defender sin fatiga el régimen institucional democrático” y que los cambios debían realizarse dentro de la institucionalidad, “de acuerdo con la voluntad de la mayoría del pueblo, a través de los mecanismos democráticos de expresión pertinentes”. Llamaba, finalmente, a concentrar los esfuerzos en las próximas elecciones parlamentarias de marzo de 1973²⁰⁷.

Tres meses después de este episodio tuvo lugar el decisivo Paro de Octubre. Convocado por organizaciones gremiales, especialmente de transportistas y comerciantes, terminó sumando a todos los partidos de la oposición, lo que desató una de las mayores crisis políticas vividas hasta ese momento. Allende creyó ver la solución a dicho conflicto en un cambio de gabinete al que se integrarían representantes de las Fuerzas Armadas, entre otros civiles partidarios del gobierno. La decisión cobraba importancia, entre otros factores, pues por primera vez los uniformados entraban al gobierno, lo que significaba, tácitamente al menos, reconocer en las Fuerzas Armadas un cierto papel de árbitro político. Ante esta medida, el secretario general del PSCH, hablando a nombre de la dirección partidaria, señaló su oposición²⁰⁸.

A pesar de la solución al Paro de Octubre a través de la incorporación de las Fuerzas Armadas al gabinete, el año 1972 terminaba en un conflicto desatado entre gobierno y oposición, y en una disputa cada vez más acentuada entre Allende y la dirección del PSCH. Dos entrevistas de prensa, concedidas por Altamirano y Allende, respectivamente, resultaban expresivas de este conflicto político²⁰⁹.

El secretario general del PSCH sostenía que desde septiembre de 1970 el

²⁰⁷ El texto de esta carta aparece en “La Nación” (31.7.71).

²⁰⁸ “Clarín” (8.11.72).

²⁰⁹ La entrevista de Altamirano fue concedida al periódico cubano “Gramma” (25.11.72), reproducida

proceso chileno había experimentado un “permanente enfrentamiento de clases”. Esto tendría que culminar, añadía, “en la batalla final por la disputa del poder pleno” entre Chile y el imperialismo, entre las fuerzas revolucionarias y las contrarrevolucionarias. Añadía que la incorporación de las Fuerzas Armadas al gobierno no afectaba al programa de la Unidad Popular, el que se mantendría inalterable. “Continuaremos profundizando el proceso”, añadía el dirigente socialista, “para hacerlo irreversible”. Para ello era necesario “avanzar sin transar” en base a “la férrea e indestructible unidad de los partidos marxista-leninistas, socialistas y comunistas, vanguardias de la clase obrera”.

Nuevamente, en la entrevista concedida por Allende se aprecia un lenguaje y unas concepciones distintas. El Presidente socialista insistía en que el proceso debería darse dentro de los límites de la Constitución, al interior de la vía político-institucional: “el proceso chileno lo hemos caracterizado como un movimiento social revolucionario dentro de los marcos de la constitución”; añadía, incluso, que “mi gobierno no es un gobierno socialista, sino un gobierno que se abre al socialismo”.

En este clima llegó el año 1973. Los primeros meses estuvieron marcados por la proximidad de las elecciones parlamentarias, fijadas para el mes de marzo. En un acto de proclamación de los candidatos socialistas en el Teatro Caupolicán, en el mes de enero, el secretario general del PSCH calificaba las elecciones como un “combate” en torno a la alternativa “fascismo o socialismo”. Llamaba a “avanzar sin transar” y a fortalecer el Poder Popular, enfatizando el rol que en su construcción cabía a los cordones industriales y a los comandos comunales, entre otros. Señalaba que, en el proceso revolucionario chileno, los cambios eran “irreversibles” y la lucha de clases “irreconciliable”. Esta última, dijo, “sólo termina cuando una de ellas asume el poder total”²¹⁰. Esta línea fue refrendada por una declaración pública de la Comisión Política del Partido Socialista, el mismo mes de enero, en que señalaba que “el enfrentamiento de clases en Chile sólo puede concluir con la toma del poder definitivamente por los trabajadores”²¹¹.

Allende, por su parte, en una entrevista concedida a la televisión, declaraba que el camino que se había escogido era “esencialmente electoral”, añadiendo que mientras fuera Presidente habría elecciones en Chile. Insistía en que el proceso revolucionario se haría “en democracia, pluralismo y libertad”²¹². Simultáneamente, en carta dirigida a El Mercurio, señalaba que el objetivo del programa de la Unidad Popular era “abrir el camino hacia una sociedad socialista sin transgredir los marcos constitucionales y legales”²¹³.

en “La Nación” (16.12.72); la de Allende fue concedida al periódico mexicano “Excelsior”, y reproducida en “La Nación” (2.12.72).

²¹⁰ “La Última Hora” (15.1.73) Los Cordones Industriales y Comandos Comunales eran algunas de las formas que iba adquiriendo el Poder Popular, el que aparecía como una alternativa a la “institucionalidad burguesa”.

²¹¹ “Las Últimas Noticias” (26.1.73).

²¹² “La Nación” (17 y 31.1.73).

²¹³ “El Mercurio” (15.1.73).

En el mes de enero se desató una polémica entre el Partido Socialista y el Partido Comunista (este último con el apoyo de Allende), a raíz de un proyecto del Ministro de Economía, Orlando Millas (PC) relativo al tema de las tres áreas de la economía (social, mixta y privada), cuestión que había sido largamente discutida entre el gobierno y la oposición y que aparecía como el principal conflicto para resolver entre ambos²¹⁴. Allende respaldó dicho proyecto, señalando que se trataba de delimitar el Área Social de propiedad a 90 empresas. El proyecto proponía el traspaso a esa área de 49 empresas y procuraba buscar solución a 121 empresas que se encontraban requisadas o intervenidas²¹⁵. Sugería asimismo la devolución a sus dueños de las empresas consideradas como no-monopólicas. Todo ello formaba parte de la estrategia de Allende y del Partido Comunista de “avanzar consolidando”.

En un acto en el Teatro Portugal, reivindicando el derecho del Partido Socialista a criticar las acciones del gobierno “que a nuestro juicio no orienten el proceso en un sentido revolucionario”, el secretario general del PSCH consideró que el proyecto Millas era “una concesión inaceptable a la burguesía”, añadiendo que no existía “un mismo pensamiento revolucionario” dentro de la Unidad Popular²¹⁶. En esos mismos días Allende había enviado una carta al PSCH explicando las razones del proyecto Millas y expresando su apoyo al mismo. El partido respondió diciendo que, en su oportunidad, la Comisión Política había rechazado “categóricamente” dicho proyecto²¹⁷.

Ahondando en esta materia el secretario general del PSCH envió una carta a Luis Corvalán, secretario general del PC, en la que le señalaba que el proyecto Millas “objetivamente ofrece nuevas garantías a la burguesía”, por lo que sólo cabía calificarlo de “retroceso”. Añadía que pese a la existencia de un acuerdo entre el PS, el MAPU y la IC al interior de la Unidad Popular, “en muchas oportunidades hemos quedado solos en la defensa de posiciones políticas fundamentales”. Enseguida aclaraba que el Partido Socialista concebía el proceso revolucionario “como una marcha ininterrumpida, sin etapas ni consolidaciones prematuras (...) dirigida a conquistar la totalidad del poder por los trabajadores”. Este proceso, decía, se guiaba por las leyes generales de la revolución y veía en la institucionalidad burguesa un impedimento para llevar a cabo los cambios revolucionarios: “nada se ha podido hacer para modificar el carácter del Estado, que sigue siendo burgués-capitalista”, decía

²¹⁴ Según Sergio Bitar, asesor económico de Allende, este plan habría surgido a propuesta del General Carlos Prats, Comandante en Jefe del Ejército, y aprobado por el Comité Económico de Ministros. La constitución de esta Área Social aparecía, según Bitar, como el “recurrente dilema del gobierno” (Sergio Bitar, *Transición, Socialismo y Democracia: la Experiencia Chilena* (Siglo XXI Editores, México, 1979, 234).

²¹⁵ Esto último se hacía a través de un “resquicio legal” que consistía en aplicar el Decreto Ley 520, de la época de la República Socialista (1932), que permitía intervenir o requisar, bajo ciertas condiciones, empresas por la vía administrativa (por simple decreto del Ejecutivo).

²¹⁶ “El Mercurio” (30.1.73) y “Clarín” (28.1.73).

²¹⁷ “Puro Chile” (30.1.73) y “El Mercurio” (30.1.73). En un intercambio de cartas, en esos días, entre las direcciones del PS y el PC, el primero decía que este último estaba tergiversando sus posiciones sobre materias como ésta (ver “El Siglo”, 12.2.73).

el dirigente socialista. Llamaba luego a la constitución de un Poder Popular, lo que significaba fortalecer los cordones industriales y comandos comunales, completar el Área de Propiedad Social, pasar a controlar el área privada, acelerar la estatización y controlar la distribución, entre otras medidas importantes²¹⁸.

Conceptos similares a los anteriores expresó el mismo dirigente socialista en un acto de proclamación de los candidatos a parlamentarios del Partido Socialista por Santiago, en el mes de febrero. Allí señaló que sólo existía “un camino: avanzar hacia el socialismo sin concesiones, sin transacciones”. Añadía que no existía solución “dentro de los límites de la institucionalidad burguesa” y que en las elecciones de marzo no se estaba “sometiendo a plebiscito el proceso revolucionario chileno”. Concluía con las siguientes palabras: “marzo es para nosotros el campo de una nueva batalla en esta gran guerra de clases”²¹⁹.

A estas alturas cabría hacerse la pregunta, ¿cuál era la lógica —si es que había alguna— detrás de planteamientos como éstos, expuestos en forma reiterada por la dirección superior del PSCH, dando lugar a tantas demostraciones de discrepancias profundas con la Vía Allendista y ahondando en el clima de polarización y confrontación en que se desenvolvía la política chilena? La respuesta pareciera encontrarse, una vez más, en las palabras del secretario general del PSCH. En efecto, en una entrevista concedida por Altamirano algunos días antes de las elecciones de marzo, señalaba que, aunque él mismo no lo deseaba, “el enfrentamiento es inevitable”²²⁰. Esta tesis de la “inevitabilidad del conflicto” fue desarrollada en forma más sistemática por el propio Altamirano, algunos años después, en su libro *Dialéctica de una Derrota*²²¹. En dicho libro expone sus reflexiones sobre el proceso político chileno y el papel que en él desempeñara el Partido Socialista.

Allí señala el dirigente socialista que, ante la inevitabilidad del conflicto, había sido un error irreparable el no haber implementado en términos prácticos la tesis de la “vía armada”, adoptada en el Congreso de Chillán, y el haber carecido de la capacidad orgánica para llevarla a cabo. Añade que, ya desde la década de 1950, habría quedado claro que no era “factible el tránsito pacífico al socialismo en el ámbito de la realidad concreta nacional y continental”. En Chile, señala Altamirano, la fuerza social y política que apoyaba a la Unidad Popular no tenía un carácter “abrumadoramente superior”, lo que hacía previsible el enfrentamiento armado. La Unidad Popular, sin embargo, no se habría preparado prácticamente para ello, lo que habría constituido un “vacío inexcusable”.

Todo esto habría contribuido a la derrota final: “la ruptura final, factor insoslayable en la subversión del dominio de clase, sólo podía lograrse —en

²¹⁸ Esta carta puede encontrarse en “El Clarín” (17.2.73), “La Tercera” (16.2.73) y “La Última Hora” (15.2.73).

²¹⁹ “La Última Hora” (22.2.73).

²²⁰ “La Última Hora” (1.3.73).

²²¹ Carlos Altamirano, *Dialéctica de una Derrota* (Siglo Veintiuno Editores, México, 1976).

Chile— en términos de fuerza militar. La ausencia de aquella previsión y la incapacidad para sustituir oportunamente la estrategia equivocada, determina —en definitiva— el fracaso de la experiencia chilena”²²². En otras palabras, dado que el conflicto era inevitable, se hacía necesario prepararse para el enfrentamiento militar total y final, lo que la Unidad Popular omitió hacer. Esta sería, según Altamirano, la causa del fracaso de la experiencia de la Unidad Popular. Los errores fundamentales de esta última habrían proveniendo de una “inadecuada percepción política de la inevitabilidad del conflicto interno y externo”²²³.

¿Era inevitable el conflicto? En verdad la pregunta escapa a este trabajo. De hecho, hay quienes dentro de la Unidad Popular sostenían una visión opuesta²²⁴. Nos basta, por ahora, con señalar que en la percepción de la propia dirección del PSCH —y eso es lo que importa realmente— el conflicto era visto como “inevitable”. Lo que sí nos atrevemos a sugerir es que esta percepción presentaba más bien las características de una profecía autocumplida; en otras palabras, no es que el conflicto fuera inevitable; más bien se hizo inevitable, entre otras cosas, por el tipo de lógica detrás de una profecía del tipo señalado²²⁵.

Entre los meses de marzo y septiembre de 1973 las distancias entre la Vía Allendista y la dirección del PSCH se acrecentaron aún más. Por cierto que las relaciones entre gobierno y oposición experimentaban el mismo proceso de deterioro. En las elecciones de marzo, la Unidad Popular obtuvo un nada despreciable 44% de la votación, impidiendo a la oposición obtener los dos tercios que eran necesarios para producir una acusación constitucional en contra de Allende. En ese contexto, un pleno del Comité Central del PSCH, celebrado en el mes de marzo, apeló “al desarrollo acelerado de todas las formas de expresión del poder popular”. Confirmaba la “irreversibilidad” del proceso y llamaba a convertir el Área de Propiedad Social en el sector hegemónico de la economía. Señalaba que “la próxima gran batalla política por la conquista del poder se da imponiendo el control y la dirección efectiva de la clase obrera sobre la economía nacional”. En este contexto debía asegurarse para el Partido Socialista “el papel de destacamento de vanguardia marxista-leninista”²²⁶.

Por su parte, en el mes de abril, a propósito de una toma del Ministerio de Obras Públicas por parte de sus trabajadores, Allende se dirigió al lugar e hizo ver a los funcionarios allí presentes que esta era una revolución distinta a la de “otros países que han llegado al socialismo y que han conquistado por las armas el gobierno y el poder”. Les señaló que este era el gobierno

²²² *Ibíd.*, 59. Ver, también, sobre lo anterior, páginas 26 y siguientes y 34.

²²³ *Ibíd.*, 182.

²²⁴ Así, por ejemplo, Sergio Bitar, señala: “Nuestra aseveración inicial es que el golpe de Estado en Chile no estaba predeterminado y, por ende, el desenlace no era inevitable” (ver Bitar, *op. cit.*, 19).

²²⁵ Ver sobre el particular, Alain Touraine *Vida y Muerte del Chile Popular* (Siglo XXI Editores, México, 1974), 173.

²²⁶ Las resoluciones de este pleno pueden encontrarse en “El Siglo” (6.4.73).

de los trabajadores y que los cambios que el país estaba viviendo se harían “en democracia, pluralismo y libertad”. Añadió que se trataba de un proceso de cambios “dentro de la democracia burguesa”. Ante las demandas de sectores de izquierda para cerrar el Congreso Nacional, Allende respondió que más fácil “sería que no hubiera Congreso, pero eso sencillamente este gobierno no puede hacerlo”. Concluyó que, aunque el Congreso realizara la más enconada oposición, “tendríamos que seguir nosotros sencillamente dentro de la Constitución”²²⁷.

El conflicto entre gobierno y oposición se hacía cada vez más crítico, lo que contribuía a su vez a una mayor radicalización del Partido Socialista y a una intensificación del conflicto entre el Presidente Allende y su propia colectividad. Estas tensiones alcanzaron un nivel dramático con el “Tacnazo” del 29 de junio, cuando algunas tropas del Ejército, encabezadas por unos pocos oficiales, intentaron el derrocamiento del gobierno. Dicho intento golpista fue reprimido por las propias Fuerzas Armadas, encabezadas por el Comandante en Jefe del Ejército, General Prats.

Ante la gravedad de la situación y a raíz de una iniciativa del Arzobispo de Santiago de la Iglesia Católica, Cardenal Silva Henríquez, el Presidente Allende llamó a un diálogo con la Democracia Cristiana a fin de buscar en conjunto una solución política a la crisis ya generalizada. En conferencia de prensa Allende sostuvo que “es necesario que todos los sectores recapaciten y se busque un diálogo. Para el gobierno el diálogo no significa claudicaciones y entreguismos”. En manifiesta contradicción con la tesis de la “inevitabilidad del conflicto” sostenida por la dirección del PSCH, Allende señalaba que “siempre tengo confianza en que, cualesquiera sean las diferencias, evitaremos el enfrentamiento”²²⁸.

Por su parte, la dirección del PSCH emitió una declaración pública en la que señalaba no aprobar el diálogo con la directiva demócratacristiana²²⁹. Sobre el diálogo con el PDC, el secretario general del Partido Socialista señalaba lo siguiente: “el Partido Socialista no aceptará jamás conciliar con los enemigos de Chile, del gobierno popular, de los trabajadores”. Añadía que era necesario aclarar “que el Presidente de la República, compañero Salvador Allende, está desarrollando dicho diálogo con la aprobación de la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, y con la franca discrepancia del Partido Socialista”²³⁰.

Declaraciones como las señaladas evidentemente que erosionaban las posibilidades de buen éxito del diálogo entre el PDC y Allende, puesto que este último aparecía como desautorizado por la dirección de su propia co-

²²⁷ Ver “El Mercurio” (26.4.73).

²²⁸ “Puro Chile” (7.7.73).

²²⁹ “La Última Hora” (31.7.73). La declaración fue dada a conocer por la subsecretaría de comunicación del PSCH.

²³⁰ “La Última Hora” (31.7.73). Algunos años más tarde Altamirano confirmaría que había sido contrario al diálogo por considerar que era “tiempo perdido” —entre otras cosas porque estimaba que el conflicto era inevitable (En Politzer, op. cit., 56).

lectividad. En un intento prácticamente desesperado por llegar a un acuerdo con el PDC, Allende procedió a reestructurar su gabinete a mediados de julio, nombrando como Ministro del Interior a Carlos Briones, persona de reconocida moderación.

No obstante, al constatar que la gestión de Briones iba encaminada a lograr un entendimiento con el PDC, y pese a que inicialmente había aprobado su designación, la dirección del PSCH le quitó su apoyo a Briones. Este último, al sentirse desautorizado por la dirección socialista, presentó su renuncia al cargo a fines del mes de julio.

Ante la insistencia por parte de Allende de que reasumiera el cargo y previo haberle solicitado poderes suficientes para negociar, Briones reasumió como Ministro del Interior en el mes de agosto, a fin de retomar las negociaciones con la Democracia Cristiana²³¹. Al confirmarlo en el cargo Allende señaló, respecto de Briones, que este último no tenía militancia socialista y que “no representará al Partido Socialista. Su designación es el ejercicio de un derecho que me otorga la Constitución Política, a la cual no he renunciado, ni renunciaré”²³².

La respuesta de la dirección del PSCH no se hizo esperar. Frente a la designación presidencial la Comisión Política del partido, confirmó que Briones no era militante del partido —la verdad es que no estaba con las cuotas al día— y señaló que deslindaba “toda responsabilidad de sus actuaciones”²³³. Pese a ello, las conversaciones entre el PDC, representado por Patricio Aylwin y Osvaldo Olguín, presidente y vicepresidente de dicha colectividad, respectivamente, y Allende, Clodomiro Almeyda y Carlos Briones, representando al gobierno, continuaron. No obstante, a poco andar la dirección socialista volvió a intervenir, esta vez disponiendo el retiro de Almeyda de dichas conversaciones, las que finalmente no prosperaron²³⁴.

El Presidente Allende hizo un último intento por buscar una solución política el día 5 de septiembre. Con tal objeto, planteó a los partidos de la Unidad Popular la posibilidad de realizar un referéndum sobre ciertas materias fundamentales, a fin de que fuera el pueblo el que resolviera la crisis política existente. El día 7 de septiembre se reunió con el Comité Político de la Unidad Popular, presentando tres alternativas posibles: enfrentamiento, ne-

²³¹ Todos estos antecedentes me fueron confirmados por el propio Carlos Briones, en entrevista personal del 7 de abril de 1986.

²³² “El Siglo” (29.8.73).

²³³ “El Mercurio” (30.8.73).

²³⁴ Según Briones, la intransigencia no provenía solamente de la dirección del PSCH sino también de la dirección del PDC y de algunos dirigentes demócratacristianos (incluido Eduardo Frei), los que daban a entender que no había “nada que hacer” (entrevista con Briones, op. cit.). Esta postura “pesimista” también parecía corresponder a la percepción del propio Cardenal Silva Henríquez, quien habría dicho a su secretario privado, luego de la entrevista entre Allende y Aylwin, “no se va a lograr nada” (Ignacio González, *El Día en que Murió Allende*, Cesoc, Santiago, 1988) 34. Eduardo Cerda, secretario general del PDC en esa época, alude a la responsabilidad del propio Allende, por su “indecisión” en momentos tan críticos (entrevista en “El Mercurio”, 27 de febrero de 1986). La visión de Aylwin, en la misma línea anterior, puede consultarse en entrevista en revista “Hoy” (472, 4 al 10 de agosto de 1986).

gociación, o plebiscito. El Partido Comunista y el Partido Radical se habrían mostrado, en principio, partidarios del diálogo. El Partido Socialista, en cambio, según las notas de un testigo presencial, habría dicho “no al diálogo pues no da salida política. Todavía no al plebiscito. Tomar ofensiva, restablecer poder presidencial, movilizar al pueblo”; es decir, la negociación fue rechazada y el plebiscito considerado prematuro²³⁵.

Finalmente, el 8 de septiembre el Comité Político de la Unidad Popular le manifestó a Allende su negativa a la posibilidad de un referéndum; el PSCH, por su parte, se opuso una vez más al diálogo, amenazando con irse del gobierno y de la Unidad Popular si se persistía en la realización de aquél²³⁶. No obstante y ante la inminencia de una guerra civil o de un golpe de Estado, el Partido Comunista, el día 9 de septiembre, se desentendió del acuerdo de la Unidad Popular, dando su apoyo a Allende para convocar a un referéndum²³⁷. El día 10 de septiembre el Presidente le comunicó a sus asesores más cercanos su decisión de convocar este acto²³⁸. No obstante, lo que tuvo lugar el día 11 de septiembre de 1973 no fue un referéndum sino un golpe militar que derrocó al gobierno de Salvador Allende, poniendo fin a una democracia cuyos orígenes se remontaban a la primera mitad del siglo diecinueve.

Ese mismo día en la mañana Allende tuvo el último contacto oficial con su partido. Dejemos que sea su propio asesor, Joan Garcés, testigo directo de los hechos, quien nos relate dicho encuentro, el que sintetiza de manera dramática la historia de desencuentro entre la Vía Allendista y la dirección superior del PSCH²³⁹:

“La mañana del día 11 de septiembre, poco antes de las nueve, cuando ya el ruido de los vuelos rasantes de la aviación dificultaban las conversaciones, en el minuto escaso que Allende concedió a Hernán del Canto, confluían tres años de interrelación entre la dirección del Partido Socialista y el Presidente de la República:

—Presidente, vengo de parte de la dirección del partido a preguntarle qué hacemos, dónde quiere que estemos.

²³⁵ Ver. Sergio Bitar, op. cit., 242 y 358.

²³⁶ *Ibid.*, 358; ver. también, sobre este punto, Joan Garcés, op. cit., 332 y siguientes. Altamirano, por su parte, diría algunos años después que estuvo “mil por ciento de acuerdo” con la convocatoria a plebiscito, posición que el PSCH no había compartido “en una reunión —la del 8 de septiembre— a la cual decidí no asistir porque no estaba dispuesto a seguir avalando posiciones irracionales” (En Politzer, op. cit., 127).

²³⁷ Ver Bitar, op. cit., 359. Este hecho me fue confirmado por el propio Carlos Briones, quien tuvo en sus manos la carta del PC, la que posteriormente y a raíz del golpe militar, se perdió (entrevista personal, op. cit.). Ese mismo día 9 de septiembre, Altamirano pronunció un muy controvertido discurso en el Estadio Chile —que le costó el desafuero como senador— en el que reconoció haber sostenido reuniones con marineros a fin de escuchar sus denuncias sobre supuestos planes sediciosos de la alta oficialidad de la Armada. Dieciséis años después Altamirano declararía que se había opuesto a pronunciar ese discurso, pero que lo habría hecho ante la insistencia por parte de la Comisión Política del PSCH (ver Politzer, op. cit., 129).

²³⁸ Ver Bitar, op. cit., 359.

²³⁹ Garcés, op. cit., 386.

—Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer —respondió secamente Allende. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber.

Ahí terminó la conversación. Del Canto partió. Los demás partidos no enviaron a preguntar qué hacían”.

Conclusión

En esta última parte hemos querido expresar el conflicto entre el proyecto allendista y la dirección del Partido Socialista citando profusamente los dichos y declaraciones de los propios actores involucrados. Ello, según nos parece haberlo demostrado, expresa con toda claridad la existencia de dos concepciones antagónicas: la de la Vía Allendista al socialismo, en “democracia, pluralismo y libertad”, y la representada por el Partido Socialista, que había evolucionado en la dirección de una postura crecientemente leninista e insurreccional, y que veía en las instituciones de la democracia representativa un obstáculo mayor en el proceso de instauración de una sociedad socialista.

Mientras que la concepción socialista democrática contenida en la Vía Allendista aspiraba a crear las condiciones para una sociedad socialista a través de la transformación gradual del Estado y la profundización de la democracia existente, actuando dentro de los límites de la Constitución, la posición crecientemente leninista adoptada por el Partido Socialista lo llevó paulatina pero sostenidamente a plantear la destrucción del Estado burgués y su sustitución por el llamado Poder Popular, lo que suponía el concurso protagónico del partido-vanguardia más que el apoyo de las grandes mayorías, todo ello en un proceso irreversible hacia el socialismo.

Hemos desarrollado la hipótesis de que habría sido la ausencia de un correlato socialista democrático al interior de la Unidad Popular, y muy en especial del propio Partido Socialista, lo que habría contribuido principalmente al fracaso de la Vía Allendista. Como hemos sugerido, el apoyo táctico del Partido Comunista habría sido del todo insuficiente, pues a Allende y al Partido Comunista los separaban concepciones estratégicas contrapuestas; así, mientras para aquél la Vía Allendista era un “segundo modelo” de construcción de la sociedad socialista, distinto de la dictadura del proletariado, para este último lo anterior resultaba inaceptable.

A decir verdad, el único apoyo real con que contaba Allende era el del socialismo allendista o, en términos aún más amplios, el del pueblo allendista. De alguna manera, el “allendismo” —nos atreveríamos a decir hasta el día de hoy— fue mucho más que el Partido Socialista, e incluso más que la propia Unidad Popular. Allende, a sabiendas de que representaba más que su propio partido, confió en su capacidad personal para captar votos y apoyo popular, enfatizando pues el elemento electoral. El Partido Socialista, en cambio, se sentía cada vez más alejado de las consideraciones electorales, las que eran propias de un tipo de democracia “formal” o “burguesa” que

aspiraba a superar. Para el PSCH la política chilena se definía cada vez más en términos de correlación de fuerzas que de competencia electoral.

Fue así como, históricamente, en momentos de elecciones el allendismo ganaba terreno, mientras que el Partido Socialista entendía que tenía que bajar la intensidad de su discurso a fin de no frustrar el resultado electoral. Pero, a la inversa, en momentos en que no eran las consideraciones de tipo electoral las que primaban, el partido volvía a arremeter con toda intensidad en su discurso radical.

Esta doble perspectiva antagónica tenía algunas posibilidades de subsistir hasta 1970, pero hizo crisis cuando Allende y el Partido Socialista accedieron al poder. En efecto, desde esa posición el PSCH tenía que jugarse el todo por el todo, sin consideraciones de ninguna especie; tenía que hacer realidad las definiciones políticas e ideológicas adoptadas en Linares, Chillán y La Serena para dar lugar a un proceso ininterrumpido e irreversible hacia el socialismo. La consigna era “avanzar sin transar” hasta la conquista total del poder. De nada podían ya valer las consideraciones electorales.

En ese contexto, de poco servían las invocaciones de Allende al electorado, al pueblo allendista. En vano insistiría Allende en convocar a un referéndum en momentos en que la dirección superior del PSCH postulaba que el conflicto era inevitable. Por su parte el socialismo allendista había perdido posiciones —si es que alguna vez las tuvo— al interior del partido desde mucho antes del año 1970. No sólo este sector, sino el socialismo moderado ligado a Aniceto Rodríguez, habían perdido posiciones al interior del partido desde que una nueva dirección pasara a controlar el poder en el muy crucial Congreso de La Serena, en 1971.

En ese congreso partidario el Comité Central pasó a contar con una mayoría desequilibrante de los nuevos elementos militaristas surgidos al interior del partido en los años sesenta, mientras que el allendismo y los sectores moderados pasaban a ocupar una posición marginal y casi inexistente. De esta manera el partido adquiría un perfil diferente y se insertaba en una práctica cada vez más empapada en las concepciones leninistas y militaristas, contra un Allende que, a decir verdad, siempre había descuidado bastante la vida interna del partido, incluyendo la discusión ideológica, confiando en su ascendencia sobre el pueblo, el socialismo allendista y su capacidad para atraer votos.

De alguna manera el Congreso de La Serena, en 1971, representó una culminación lógica o, por lo menos, un paso consistente en esta última etapa de desarrollo del Partido Socialista, cualesquiera fueren las tensiones y contradicciones internas; y las hubo muchas. Carlos Altamirano y no Aniceto Rodríguez —menos aún Salvador Allende— representó y recogió fielmente las definiciones adoptadas por el partido en los muy cruciales congresos de Linares, Chillán y La Serena. Allende, por su parte, no hizo sino expresar y representar una postura socialista democrática que había sido marginal desde los inicios del partido, en los años treinta. Eugenio González primero, y Salvador Allende después, este último en un plano más intuitivo que intelectual, fueron representantes de un proyecto que no encontró, dentro

del Partido Socialista, el correlato de una concepción socialista democrática claramente definida y articulada y, sobre todo, mayoritaria. El Partido Socialista había evolucionado desde una postura marcadamente populista, con una visión más bien instrumental de la democracia, hacia una postura crecientemente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones de la democracia representativa.